Verano/12

(Por Graciela Mochkofsky) Los argentinos no le perdonarían a Gertrudis semejante atrevimiento. La exhibición de cier-tas zonas del cuerpo femenino está reservada, en la costa atlántica local, a ese tipo de mujeres obsesivas de las carnes firmes y los kilos de menos. Ninguna se animaría a pisar la arena de la playa más remota de Pinamar en bi-kini, si no estuviera segura de que su vientre es chato y liso como una piedra de río. Pero Gertrudis no es argentina, está en un país europeo y, además, qué le importa.

Tiene puesta una bikini celeste, diminuta, con florcitas amarillas. El sol del mediodía está dejando manchas rojas en su piel tan nór-dica, tan cubierta durante el resto del año en su ciudad alemana. La bikini cubre apenas los pezones y la pelvis de Gertrudis; el resto de su cuerpo, expuesto al sol, es carne blanda y celulitis, pliegos gruesos sobre el vientre, vá-rices incipientes y vello oscuro. Gertrudis ha extendido sus piernas sobre la

reja que protege la terraza de *Eternity*, un bar como muchos otros en Santorini, la isla grie-

ga. Lleva una copa de vino blanco a la boca, moja la lengua en el vino, sin quitar los ojos de la página amarilla del libro que está leyendo. Peter lee también, a su lado, y come pe-dacitos de queso entre cada sorbo de vino.

El viento es caliente en el verano griego y empieza suavemente a enredar los rulos de Gertrudis. Sopla fuerte de golpe y los dos li-bros se cierran. Entonces ellos miran más allá bros se cierran. Entonces ellos miran más allá de la reja azul y ven la isla del volcán, los barcos en que llegan turistas de otras islas y el abismo hacia el mar más bello que vieron nunca. Después se miran, sorprendidos y felices. Gertrudis acaba el vino y sonríe. Peter la mira como sólo algunos hombres, muy pocos, miran a sus mujeres. La mira: en sus jos se eque hay muchas mujeres mas Ger ve que hay muchas mujeres mejores que Ger-trudis pero que ninguna otra tiene su alma, en ninguna otra existe un silencio más hermoso. ninguna es, como ella, tan parecida a un concierto.

Peter se acerca y la besa, mientras pasa sus manos por la espalda, el vientre, la nuca de su mujer. Gertrudis es, ahora, en su bikini celes-te, la mujer más bella de Santorini.

ECTURAS

o lo sabía en ese momento y, posible-mente, nunca llegara a saberlo, en el caso de que, efectivamente, hubiera algo por saberse.

Sospechaba y la sospecha era, en sí, aber lo suficientemente opresivo como para eclipsar, incluso, las pocas certezas que tenía y que, en realidad, eran, por otra parte, lo úni-

Sujetaba, mientras tanto, la Toby plateada al mosquetón y probaba, unos segundos más tar-de, la tensión de la estrella dejando caer el hilo, libre, sobre el agua marrón, apenas inquietada por la cuchara que, lenta, hendía con un míni-mo chasquido su superficie.

El hilo debía caer, a pesar del peso del señue-lo, con morosidad extrema. La resistencia del

reel tenía que ser tal que, una vez clavado el pez, pudiera éste llevarse el hilo sin cortarlo con su fuerza pero demandándole esto un trabajo capaz de agotarlo para poder, así, ser traído hasta el costado del bote donde Pedro, su amigo, lo recogería con el bichero luego de, aún sin sacarlo del todo de adentro del agua, cla varle el cuchillo en la intersección de la espina dorsal y el cráneo.

El hilo caía a la velocidad adecuada y la cuchara hendía, con un mínimo chasquido, la superficie lenta del agua mientras Pedro, él tam-bién, comenzaba con las mismas pruebas después de haber dejado el motor regulando y con la barra del timón sujeta bajo su pierna izquier-

Cada uno sabía lo que debía hacer y sabía lo que haría el otro. Sólo uno, sin embargo, conocía, o empezaba a conocer, aquello que haría di-ferente a esa tarde de las que, virtualmente iguales entre a esa tarte de las que, virtualmente igua-les entre sí, se habían sucedido en los años pre-cedentes. Aunque es posible que el otro lo in-tuyera o, tal vez, supiera una parte, la real, en el caso de que la hubiera y pudiera conocerla, de lo que, de todas maneras, conduciría a que ese lo que, de todas maneras, conduciría a que ese abril fuera distinto a los de los últimos siete años en que, buscando siempre un fin de semana en que no lloviera y que no coincidiese con sema-na santa, habían ido a ese exacto lugar del Paraná a pescar dorado.

No siempre habían pescado o, más bien, no No sempre de que esperaban, o no ambos en la mis-ma cantidad o ejemplares de la misma enver-gadura. Es posible que él, al fin y al cabo el más entusiasta, fuera más diestro en la elección del momento justo para el clavado. Pedro, en cambio, por algún motivo, había dado siempre mues-tras de conceder al ritual un poco a regañadientes aunque los dos sabían que jamás hubiera de jado de hacer lo necesario para ejecutarlo. Conseguía, como en otros aspectos de su vida, cre-ar en el otro, en él, en este caso, la sensación de estar actuando levemente forzado, de no poder resistirse a fuerzas que lo superaban. En muchos casos Pedro lograba así preservar cierta imagen de pureza y contar con la eventual dis-culpa del otro para aquellas ocasiones en que, probablemente con mayor frecuencia que la ha-bitual en otras personas, actuaba en contra de sí mismo o de lo que él creía o intentaba creer y hacer creer a los demás sobre sí mismo.

En apenas unos minutos el bote comenzaría a deslizarse sobre las piedras, sobre esos lugares en que parecía haber manchas de aceite sobre el agua y a los que habían aprendido, ya hacía tiempo, a reconocer como las correderas en las que los ejemplares más grandes de dorado, un animal cazador al fin y al cabo, solían ace-char en espera de sus posibles presas aunque víctimas, ellos también, del posible engaño pro-ducido por un trozo de metal moviéndose regular, brillando intermitente y velado en la oscu-ridad de los refleios solares filtrados por el agua turbia y barrosa; un impostor imitando en forma imperfecta pero, quizá por ello, con mayor poder de atracción que el que podría ejercer la realidad evocada, el lento deambular de un pequeño pez inadvertido y desconocedor del peligro.
Nunca entendería del todo, en todo caso, por

Detrás de la engañosa placidez de una excursión de pesca puede apenas esconderse la más devastadora de las tormentas. Diego Fischerman (Buenos Aires, 1955) invita en este relato poblado de silencios -"los pescadores no hablan"a acompañar a dos hombres que mordieron el definitivo anzuelo de una misma mujer.

ruidos atenuados por la distancia de la soleo en la ribera correntina que iban dejando a:

Angélica lo había despedido, el día anteri aunque pareciera, o le pareciera, que eso ha sucedido hacía una eternidad, con muestras afecto y hasta una aproximación a la a lo que él podía recordar de ella, bastante in perada aun sin tener en cuenta sus sospech no en ese momento en que, si bien lo que las determinaría ya había pa-



qué en lugar de las presas auténticas, con olo-res y movimientos inequívocamente naturales que, seguramente, se desplazaban sobre las pie-dras nadando contra la corriente o, quizá, a favor de ella, buscando ellas también su alimento, el dorado elegiría justamente aquella incapaz de satisfacerlo; la que lo conduciría a la

Por qué preferiría, finalmente, una invención sorprendente, nueva, nunca vista, a su habitual dieta de dientudos, bagres y morenas

Puede que no fuera capaz, pensaría en algún momento de esa excursión o de alguna de las

anteriores, de distinguir entre una y la otra.

Puede que fuera el azar, pensaría entonces, el que determinara que la atracción o el mero movimiento instintivo lo condujeran a saciar su apetito o hacia la ineludible perdición. El señuelo haría un sonido, un pequeño

chasquido que desplazaría, en casi imper-ceptibles ondas, el agua lenta.

Habría también un sonido en el momen-to en que el pez lo mordiera. No sería, proente, el sonido del pez, no todavía, sino el del hilo que, con la resistencia de la estrella, haría sonar la chicharra y comenzaría a salir a una velocidad que parecería inusitada para todo aquel que lo hubiera visto caer un rato antes, libre y a la vez lento, cuando ambos probaban la tensión y las cucharas caían con un chasquido sobre el agua.

No había, en cambio, en ese momento, otro ruido que el del motor que, seguramente, tapa-ba otros como el golpear del agua en el piso sin quilla del bote, sentido más como una vibración pajo sus pies, el canto de algunos pájaros y, con certeza, la brisa silbando en un susurro entre las hojas de los árboles del chaco paraguayo, frente a cuya costa se movían en ese instante, o los sado mucho antes, él no repararía en ello hasti

No recordaba el momento en que se habí enamorado de ella. No sabía, ni siquiera, au que es posible que en algún momento lo hubic ra sabido, si ese momento había existido com

ra saoido, si ese momento nana existido comi al o se había tratado, más bien, de una progresión sin un punto de comienzo definido; com si hubiera llegado con la película ya empeza da, o mejor, como en esos discos en quel música va subiendo paulatinamente de intensidad, desde la nada, primero inaudible hasta que, cuando el oído la percibe yase en todo caso, demasiado tarde.

Tené presente, no obstante, el billo

Tenía presente, no obstante, el brillo húmedo en la mirada de sus ojos casi trans parentes, sentada enfrente suyo en un baren cano a la facultad, unos meses, o unos dís antes de que, apoyados en la reja del balco de un departamento donde alguien había or ganizado una fiesta o una reunión, ella le ha bía tomado la cabeza entre las manos y lo ha bia besado. Primero apoyando apenas los los bios sobre los suyos y luego, separándos unos centímetros para observarlo, mirándol fijamente a los ojos, volviendo a hacerlo proceso. ro esta vez introduciéndole la lengua con vimientos rápidos, profundos, breves y cir torno de sus dientes y encías y, más tarde, el co-de la boca, lamiéndolo con detenimiento so bre los labios y bajo la barbilla.

—Quiero dormir con vos pero no quiero que toques —le había dicho entonces, o un modespués, cuando entraban al ascensor que la conduciría al piso dieciséis donde él vivía.

Mirando la noche a través del ventana brir, como un oleaje, los barrios de casas l que prolongaban la ciudad hacia el sudo



también veranea en la costa

Adjainin " *

Encuéntrelo en

Pinamar • Villa Gesell • Mar del Plata Dolores • Gral . Madariaga • Miramar Chapadmalal • Necochea • San Bernardo Santa Teresita • San Clemente del Tuyú

con la presencia espesa de la distancia, mínima pero infranqueable, que ella había construido, Angélica, en silencio, cada tanto estiraba la mano derecha y le rozaba la punta de los dedos o el borde de las pestañas.

El esperaría verladormida, desnuda y envuelta a medias por las sábanas, con las rodillas casi tocando su pecho, y se quedaría durante largo rato con los ojos abiertos, fijos en ninguna parte como ahora, en que sentado a babor del "Ventura", el bote que se desplazaba lento, con



el cercano fin de sus días, debido a la imposibilidad, en esa condición, de alimentarse o, más sencillamente, de conservar el equilibrio en el nado y poder desplazarse de acuerdo con su voluntad o su instinto.

Si en la pesca con redes, fueran éstas trasmallos, de arrastre o nasas de junco, el éxito del pescador dependía de la perfección de la trama, con el uso de señuelo el poder radicaba en lo convincente de la ilusión y en la capacidad para mantenerla aún después de que hubiera obrado el sortilegio del engaño. Lo más difícil no era conseguir que un cazador como el dorado, por decisión o mera víctima de la misma condición de predador infalible que permitía su subsistencia, mordiera el señuelo, una de las dos Toby plateadas que, a babor y a estribor del "Ventura" aunque muy lejos detrás de su popa, se deslizaban oscilantes, tan cerca de la lenta superficie del agua, sino que, en el duelo de fuerza y destreza que, a partir de ese momento, se entablaría, el hilo no llegara a romperse.

El momento del pique era apenas el principio y ambos lo sabían. Sólo uno, en cambio, desconocía la verdad, en el caso de que la hubiera, de la relación del otro con Angélica y sólo uno empezaba a vislumbrar la posibilidad de algo que sería, según el caso, una arbitrariedad o una venganza pero que, de todas maneras, alte útil en tiempos de pesca con lanza o arpón, creían, o les convenía hacer que creían, en su infalibilidad.

Los animales que, por su tamaño insuficiente, debieran ser devueltos al agua, desaparecerían con rapidez en la veloz corriente, por debajo de la superficie quieta.

bajo de la superficie quieta.
El "Ventura" se movería río arriba y ahora, tan sólo cinco minutos después de que comenzara a navegar, con el sol todavía en lo alto de un cielo surcado, sobre la línea del horizonte, por unas tenues y solitarias nubes blanquecinas, y la brisa embolsando con suavidad la camisa alrededor de su espalda, la primera advertencia de la chicharra de la estrella y la inclinación, fuerte pero fugaz, en el extremo de una de las cañas, la suya, habían llegado.

No hubiera podido explicar, ni en ese momento ni más tarde, aunque quizás jamás lo intentara a pesar de su afán por las justificaciones racionales, por qué, siempre, antes del primer pique efectivo había otros, fallidos, que lo prenunciaban.

Es posible que esto se debiera a que, al principio, todavía sin la concentración que lograrían al cabo de unas horas, las señales les causaran una especie de desconcierto al que, invariablemente, respondían a destiempo. También era probable que los primeros en intentar morder

esa difícil y enigmática presa fueran los más jóvenes e imprudentes del cardumen, incapaces, por otra parte, de abarcar con sus mandíbulas el desmesurado anzuelo y forzados, por lo tanto, al inocuo ejercicio de arrastrarlo un par de metros. Los especímenes más grandes, podría haber pensado, en ese instante o en otro, alguno de los dos, por algo llegaban a ese tamaño.

Fueron unos segundos en que el contraste entre la lenta superficie del agua y la velocidad de salida del hilo, que podía intuirse a partir de la intensidad del sonido de la chicharra, se adueñó del paisaje. Un instante al cabo del cual el monótono ruido del motor amortiguando la sombra de unas voces proveniente de alguna de las orillas o de otro de los botes con los que, en algún momento, se habían cruzado, volvió a ser la única presencia perceptible, además de una bandada de biguás que sobrevolaba la costa y el golpetear parejo del agua por debajo y alrededor del bote, sentido en los pies como una vibración muda, constante y, a la larga, inidentificable a causa de su misma persistencia.

El sol brillaba, errático, en cada una de las pequeñas ondulaciones que la brisa y la corriente intensa producían en la engañosamente quie a superficie y, cuando al dejar vagar su vista de una orilla a la otra, ambas ya lejos, encontró con sus ojos los de Pedro, por un segundo, se refle-

os cuentos del Descador

l chasquido del agua por debajo, volvía a senir la misma desazón. A descubrir la proximiladdesvaneciéndose en la distancia como si una o fuera otra cosa que la continuación inevitade la otra; la inasibilidad como cara oculta de la posesión, el miedo y el abismo como siem-

re inseparables del desco.

El a babor y Pedro a estribor habían dejado aer una Toby plateada cada uno. Por apenas mos instantes, hasta que el "Ventura", dejáncias atrás, se había alejado corriente arriba, hafían brillando oscilantes a los costados del bosen tanto se hundían unos contímetros. No se espli azarían, no todavía, hasta que, unos mecis más adelante, ambos trabaran el reel para sía rrastrarlas, remedando torpemente a peces, través del agua barrosa en que el brillo sería, ny sólo, una intermitencia velada.

n sólo, una intermitencia velada.
La tensión de la estrella del reel, ese artefacdestinado a crear en la presa una mala imitacncle la libertad, a dejarla correr, como si esapara y el hilo no la sujetara con un anzuelo
avado en su mandíbula, aunque más lenta, con
ayor dificultad y, finalmente, prisionera, sea de suma importancia para que el nylon, cusección superaba mínimamente el tercio de
ilánetro, no se cortara.

ilímetro, no se cortara.

El hilo nunca debía ser tan grueso como pacitar su rotura y el hecho de tener como terial una tanza de acero a la que iba prendido, mun mosquetón, el señuelo, aumentaba las acces del animal por el solo hecho de disminirals de quien intentaba capturarlo.

El aparejo, sin embargo, en el caso de que ra el pez el que ilusoriamente venciera, se

el aparejo, sin embargo, en el caso de que tra el pez el que ilusoriamente venciera, se vitar fa como siempre por lo más delgado, connando a la presa triunfante a arrastrar un trode cable acerado y a tener hincado en su padarun incomprensible pedazo de metal hasta canzaría para convertir a esa tarde en única e irrepetible.

Pensaban pescar, como siempre, hasta el atardecer; hasta que comenzaran a picar las pirañas, indicando que los dorados habían dejado de comer o habían optado por hacerlo en otras partes del río.

partes del río.

Al bajar el sol, además, se tornaba sumamente dificultosa cualquier maniobra, sobre todo si involucraba controlar, con medio torso afuera del bote, un cuerpo resbaladizo que, con frecuencia, superaba los diez kilos de peso, debatiéndose convulso por retornar al agua.

El no había decidido todavía, y mal podía por lo tanto preocuparse Pedro por ello en ese mo-

El no había decidido todavía, y mal podía por lo tanto preocuparse Pedro por ello en ese momento, proponer que ese día prolongaran la excursión hasta la noche. Aún sin seguridades de ningún tipo lo que iba ganándolo, en cambio, era una progresiva e inarticulada sospecha. Interpretaba entonces el silencio del otro como producido por el suyo propio. En efecto, si algo ocultaba, Pedro estaría cada vez más nervios o a raíz del simple hecho de que nada se mencionara. No hablar de Angélica, que no hubiera sido nombrada más que un par de veces, y eso cuando recién habían salido de Buenos Aires, dejando abajo el aeroparque y, luego, el intrincado dibujo del delta, envueltos en la niebla, parecía tan significativo como si no hubieran dejado de hablar de ella.

Lo cierto, sin embargo, era que en las excursiones de pesca rara vez hablaban y, cuando lo hacían, era para sugerir un rumbo de navegación o, por supuesto, para comentar y comparar las piezas cobradas.

Los pescadores no hablan, sabían o creían saber y, aunque el origen de la creencia pudiera deberse tanto a causas reales como a la irreflexiva reiteración de una mitología probablemenjó en sus pupilas el reflejo de la luz en el agua.
La turbación lo llevó a esbozar una sonrisa y no tuvo tiempo de decir nada. No sabía qué es lo que hubiera dicho y después ya sería inútil pero la historia podría haber sido otra si en ese momento no hubiera sonado nuevamente la chicharra, primero como un susurro y, luego de un silencio en el que el olor pringoso del río, impregnado del de la vegetación distante, llegó junto con la brisa, como una serie de zumbidos cada vez más

fuertes y prolongados.

Uno, dos, tres tirones; de golpe el metro ochenta de la caña trazando un arco y la chicha-tra sonando enloquecida mientras el hilo se escapaba del reel y él ajustaba la estrella, sólo un poco, lo necesario para ofrecer un grado de resistencia mayor y posibilitar el clavado.

Levantar la caña, sujetarla con las dos manos

Levantar la caña, sujetarla con las dos manos y con fuerza, con una fuerza mucho mayor que la que cualquiera podría inferir a partir de su aparentemente frágil contextura, tirar; tirar hacia atrás y hacia arriba, en dirección contraria a la que llevaba el hilo desbocado, hasta sentir que el pez ya no se escanaría.

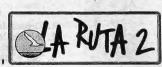
que el pez ya no se escaparía.

En ese instante, cuando a lo lejos una mancha dorada reflejando intermitente, como un inmenso cristal, el sol de la tarde, por unos segundos se elevó en el aire para caer, con un chasquido, en el agua rápida y barrosa, continuando su inútil carrera, cada vez más corta, más lenta y más cercana al bote, por primera vez supo lo que haría y supo que podría hacerlo.

to sum intricariera, cada vez mas conta, mas tenta y más cercana al bote, por primera vez supo lo que haría y supo que podría hacerlo. —No es un mal día para quedarse pescando hasta tarde—dijo entonces, interrumpiendo el ruido blanco de sus pensamientos, Pedro, el otro, mientras el hilo corría aguas adentro.

Se reproduce aquí por gentileza del autor.

COVISUR ESTA TEMPORADA, LE BRINDA LA SEGURIDAD Y EL CONFORT DE PODER VIAJAR POR EL PRIMER TRAMO DE UNA RUTA CON DOBLE CALZADA, UNA HACIA CADA LADO.



Resumen: Pirovano -ex arquero, representante de jugadores y quién sabe qué más- decide ayudar a los luchadores de la troupe Gigantes en la Lona, amenazados y agredidos, incorporándose al grupo en lugar de Paredón, un ambiguo tránsfuga. También colabora Etchenique; el veterano detective cree que Ibrahim tiene algo que ver, Dolores, su hija, y su amante Bárbara complican a Pi-

Había media docena de llamadas en el contestador. Mientras las escuchaba a todo volumen puse otra vez en marcha la pateadora y traté de mejorar mi performance anterior. Aunque cansado por el trote y los cinco pi-sos que me impongo de escalera, suesos que me mipongo de secareta, sue-lo estar más rápido de reflejos a la vuel-ta: el 23 no llegó a satisfacerme. Sólo saqué una arriba y otra a la derecha; las tres de la zurda entraron. Las pelotas quedaron rebotando por los rin-cones del loft.

El licenciado Zapata confirmaba la reunión del sábado a mediodía en su consultorio; Bárbara quería que la lla-mara; el Roperito me daba la dirección del gimnasio donde aprendería a caer sin golpearme; Bárbara me quería, a secas; Mopi me avisaba que ha-bía llegado a la oficina un fax de Alemania que no entendía y, finalmente, un anónimo hijo de puta murmuraba, en plural, que se iban a coger a Dolo-res y "te la vamos a reventar", decía

exactamente.

Fui corriendo a la pieza. Mi hija todavía no había regresado del examen. Pegué un par de pelotazos furiosos contra la pared y rebobiné los men-sajes. Copié la cinta y la guardé.

Sonó el teléfono otra vez. Atendí: una voz de mujer.

- Dolores?

-No, Bárbara.

-Ah... -no pude evitar la decepción. Bárbara estaba preocupa-

da por el encuentro de noche anterior con

Zambrano y Segura: No te vieron, tranquila
 mentí sin dudar-. Pero no pode-

mos seguir así. Era más fácil argumentar si no la te-

nía cerca; pareció convencida.

-Veámosnos esta noche, aunque sea la última vez -dijo después de una pausa bien de bolero-. Sebastián juega hoy y no vuelve hasta la una.

yo voy a ir a la cancha -dije.

Colgué sin esperar respuesta. Intenté localizar a Dolores pero no estaba ya en el colegio, no había ido a casa de su madre ni hablado con Mopi. Sonó el teléfono mil veces más pe ro nunca era ella. A mediodía le dejé un mensaje en la puerta de su cuarto y me fui caminando a la oficina.

Antes de entrar descubrí la puerta entreabierta de la oficina de Etchenique. Instintivamente comprobé que el arma estaba en su lugar y me arrimé a investigar. Asomé la cabeza, la puerta gimió apenas.

 Pase... -me dijo el veterano de espaldas, desde el otro lado del tabique que separaba la oficina propiamente dicha del breve espacio donde estaban la que había sido su cama (el elástico desnudo, en realidad) y las combadas bibliotecas saturadas de libros-. Pase,

nora. –Buen día, soy Pirovano... Se volvió. Del parche de la noche

anterior sólo quedaba una curita sutil sobre la ceja. Tenía el traje oscuro lle-no de polvo y dos carpetas en la mano. Las levantó sonriendo, como si quisiera justificar su presencia:

-Hola. Esperaba a la señora de la limpieza... -dijo-. Aproveché para buscar algunas cosas en el archivo...

Esperable.

Fijese.

Y me las tiró por el aire.

Abarajé como pude los mamotretos y lei los rótulos que alguna vez había dibujado con letra pretendidamento de callego. Tony te gótica el malogrado gallego Tony García: "Pandolfi, Norberto y otros" y "Paredes, Juan". Revisé la segunda.

Una ficha típica de prisión y una serie Ona nena upica de priston y una serie de recortes de la sección policiales de mediados de los setenta agotaban el escuálido prontuario del hombre que yo sustituiría en los Gigantes. No había fotos de cuerpo entero.

—Paredóntiene su historia—dije yendo bagia di

do hacia él.

La oficina parecía una maltratada sala del museo de la serie negra: el es-critorio de madera, los archivos, el perchero que conservaba aún el amarillento piloto tal cual había caído la última vez y hasta el viejo ventilador de pie que ya no ventilaba nada. Las cortinas amenazaban desprenderse en hilachas, movidas por la leve brisa, y en las paredes había marcas de olvidados

disparos cubiertos por telas de araña.

-No bien lo mencionaron anoche os amigos luchadores me acordé de esta basura... –dijo excesivamente el veterano y se dejó caer en el sillón giratorio como quien recupera naturalmente un trono— Lo confirmé con lo que me contó Quasimodo, que lo conoció en esa época. Ahí, en esa car-peta vieja, aparece en raterías, y so-

bre todo en causas por lesiones y te-nencia de armas de guerra. Siempre le gustó la acción, era de gati-llo rápido y muy fogoso de pala-bra. De ahí lo de Paredón, que le viene de la época en que los milicos le borraron ese mismo pron-

tuario cuando se sumó a los gru-pos de la represión clandestina. —¿Y este Pandolfi?—dije poniendo la otra carpeta sobre el escritorio.

Me contestó con el gesto de que la abriera, que viera por mí mismo.

Lo hice

Bigote más o menos, kilos excesivos o corte de pelo, este Norberto Pan-dolfi no era otro que el mismo Paredón pocos años después. Etchenique levantó las cejas, son-

riente

-Acá es donde aparece Ibrahim...

-dijo. En ese momento a mis espaldas sucedió algo porque el veterano se que-dó suspenso con la mirada fija. Me vol-

vi.

Era Mopi, que me había oído desde la oficina y venía a buscarme. Tenía papeles en la mano.

—Pedro, acaba de llegarte un fax...

-dijo sin levantar la voz.

-dijo sin levantar la voz.

-¿El de Alemania?

-No, otro; de açá. Fijate, qué raro...

-y me lo extendió.

Era un dibujo, sólo un dibujo: el mismo terrible dragón que llevaba ta-tuado Dolores en su antebrazo.

Mañana: 8. Agujas.



; ANAGRAMA O SINONIMO?

Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden)

HORIZONTALES

1.Argüir.

2. Velón.

3. Rumores.

4.Ag. 5.Balada. 6.Rasa.

VERTICALES

1.Arenga. 2.Callo.

3. Veo/ Ad. 4. Gastes.

5.La./Ab. 6.Atar.

5 1 2 3 4 6 2 3 4 5 6

ESCALERAS

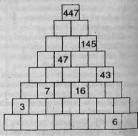
Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez.

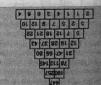
LUNA **VELO** FASE CARA

A. lanna, lana, pana, pasa, paso, laso. B. Velo, colo, calo, cara, cara. Escaleras

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos

números ya indicados.





Sominonia o smergenty?

mios 1-B, 2-A, 3-C, 4-D. File 2-C, 3-A, 4-B. Deportieras: I-A, 2-D, 3-B,

CORRESPONDENCIAS

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego. Deportistas

Premios

1. Oscar 2. Tony

3. Emmy 4. Grammy

A. Teatro B. Cine C. Televisión D. Música

1. Nikki Lauda 2. Cassius Clay

3. Magic Johnson 4. Bjorn Borg

A. Tenis B. Boxeo C. Automovilismo D. Basquetbo

Qué es

A. Unidad de superficie

B. Instrumento musical C. Piedra preciosa D. Color

Para aprender y divertirse

La revista de las cruzadas

Filosofía

"Crítica de la Razón Pura"
 "Así hablaba Zaratustra"

"Discurso del Método" 4. "Ser y Tiempo"

A. R. Descartes B. M. Heidegger C. F. Nietzsche D. E. Kant

2. Añil 3. Oboe 4. Opalo

Weramo/4